

El alma al exterior: Sujeto y vida interior en Benedetto Croce

*Renata Viti Cavaliere**
Universidad Federico II de Nápoles

Palabras clave: sujeto, inmediatez, universal, espontaneidad, intersubjetividad

I.

En las páginas iniciales de aquel grato documento autobiográfico que es el *Contributo alla critica di me stesso*, pueden encontrarse, en algunas consideraciones más generales y en la narración sucesiva de breves rasgos de vida interior, las convicciones que Croce fue madurando en torno a la noción de sujeto y del carácter individual de toda biografía. He decidido adoptar la expresión *alma al exterior* para dar cuenta con inmediatez, y quizá con cierta eficacia, del tema de la relación entre lo individual y lo universal, que Croce recuperó de la tradición idealista-romántica, en contraste con las estandarizaciones modernas, en polémica con la concepción de una razón idéntica y transparente a sí misma de origen cartesiano y, claro está, también en desacuerdo respecto a las exaltaciones mitificantes de los irracionalistas de inicios del siglo XX. Por otra parte, en Croce existen todos los presupuestos —trataré de demostrar también esto— para volverle a dar sentido y consistencia (no ya en clave metafísica y tampoco con tonalidades

* rviti@unina.it

prometeicas) a la figura del sujeto, contra los modernos defensores incluso de la muerte del hombre. Basten estas pocas observaciones para alejar el equívoco de pretender dar rienda suelta a improbables análisis introspectivos con base en presuntos documentos de vida íntima encontrados, más recientemente, en las numerosas, y no menos interesantes, noticias de diario recopiladas por el filósofo en sus *Taccuini di lavoro*. Más bien, la investigación apunta a una nueva lectura y a un posible tratamiento del planteamiento teórico sugerido por Croce para el problema del individuo, que en sus escritos no puede decirse exento de ciertas ambigüedades de fondo y, por el peso, incluso de sus grandes autores de referencia.

“Sin embargo, yo no registraré ni *confesiones*, ni *recuerdos*, ni *memorias* de mi vida”, se lee en la apertura del *Contributo*.¹ Y, en las anotaciones sucesivas, Croce redactó un esencial y pequeño tratado acerca del concepto filosófico de interioridad, acentuando el imprescindible valor de la vida íntima, siempre que ésta no se objetive en la forma de la excavación analítica que gime o presume con la práctica de la confesión pública, a partir de los recuerdos o a través de la crónica simplista de las propias cuestiones privadas.

Si acaso me detuviera en esto, si les diera a esos recuerdos, a los que bastan los tácitos diálogos interiores, la forma de un escrito o de discurso a otros, volvería a caer en el caso anterior de las vanas y vanidosas confesiones e iría al encuentro del merecido fastidio que suele suscitar quien pretenda despertar interés hacia sus propios casos, es decir, a su propia transeúnte individualidad.²

No obstante, resulta evidente que no es cosa vana, en las palabras y en las intenciones de Croce, el individuo como tal sino el individuo *fuera del todo*, es decir, carente de relación con otro y con los otros, desconectado y aislado respecto a esa inmensa mole de trabajo común que es la historia; el individuo, pues, replegado en la vanidad de su complacida autocontemplación. Por lo demás, ese *todo* tiene en las observaciones croceanas el sentido de una profunda e insuperable historicidad, constituida y siempre en proceso de constituirse a través de la tarea del vivir en la dimensión *ser-en-común*. Por ello, sólo puede esbozarse la crítica y la historia de uno mismo, sin poderse beneficiar obviamente de la perspectiva de cuya distancia se vale toda interpretación posterior, acabando por mostrar *al exterior* nada que

¹ Benedetto Croce, *Contributo alla critica di me stesso*, edición de Giuseppe Galasso, Milán, Adelphi, 1989, p. 11.

² *Ibid.*, p. 12.

no sea la propia vocación en la narración documentada de la obra producida. No sorprende, entonces, que la narración croceana de su situación intelectual personal empiece, precisamente, por los *casos de la vida* y por la *vida interior*: por ese *corazón en el corazón* y por esa *íntima y acariciada tendencia* que había sido para el joven estudioso “la literatura o, más bien, la historia”.³ Tampoco sorprende que la elección de la filosofía asuma, en sus palabras, el aspecto de un pasar de los estudios eruditos de 1886 y 1892, en los cuales “me sentí derramado hacia el exterior”, a algo “más serio y más íntimo”, como entonces decía él mismo, contemplando un trabajo nuevo que fuese más allá de los límites de la historia municipal y política, hacia la historia moral y espiritual de Italia.⁴ Croce alcanzaba su sentir más profundo de erudito apasionado en su carácter y sus predilecciones, para buscar la seriedad de una tarea que se volcara en la actividad común, tarea que al joven de otros tiempos le pareció que consistía, en primer lugar, en ampliar la mirada al contexto de un conocimiento histórico nacional. En las palabras del *Contributo*, apenas están visibles los signos de la cuestión croceana del sujeto en la forma que he indicado con la expresión *alma al exterior*. Fue una convicción, jamás negada, del filósofo que la única biografía posible era una historia de gestos, de palabras dichas, de acciones realizadas y de obras consumadas. Inconcebible para él siguió siendo el propósito de reconstruir al hombre naturalmente, tanto en la aspiración romántica de encontrar en la personalidad algo inefable que trascienda la objetividad de la obra, como en la pretensión positivista de traducir lo inefable en el fenómeno documentado de miserias o grandezas genéricas para expedientes clínicos. Tanto más debía entonces contar, y mucho, la personalidad —casi encuentro misterioso de eterno y tiempo, del mar y la tierra— en una consumada unión de apariencia que es igualmente desaparecer uno en lo otro. Así, pues, ni siquiera se requieren nombres y en la firma queda el indicio de una identificación que alcanza lo prodigioso. Sin poder abdicar al territorio inextricable de la interioridad que, no obstante, aísla y encierra en el secreto de sí, tampoco es posible eludir el problema de la mirada exterior en las, de cierto modo, útiles ciencias objetivas de lo humano. Y, de cualquier modo, el tema que se quiere hacer emerger de las doctrinas croceanas, del arte y de la historia, de la política y de la vida

³ *Ibid.*, p. 16.

⁴ *Ibid.*, p. 28.

moral, concierne a la dimensión intersubjetiva de la historicidad humana como compromiso común en la no común colaboración en el mundo.⁵

Es cada vez más frecuente que se insista, con la excusa de algunas notas autobiográficas y con cierta complacencia no poco ostentosa, que Croce vivió todas las dificultades de la conciencia interna, con antiguo sentir y también con sensibilidad abiertamente moderna: tuvo un corazón inquieto también él y padeció la necesidad de callar a veces; vivió momentos de disipación y periodos de angustia. Es un hecho que Croce no incluyó entre sus proyectos teóricos el tema de la vida íntima como inicio o indicio de investigación filosófica y tampoco como obstáculo de la razón transparente. No hubo necesidad de que declarara ilusoria la excavación íntima para denunciar los límites de la certeza racional. De sobra sabía, como todos, que no hay itinerario intelectual, histórico, lógico o místico que pueda dar cuenta de todas las sutilezas del alma individual. Y, sin embargo, nada históricamente importante, es decir nada nuevo, nacería sin el *segreto* —del latín *secretus* y del verbo *scernere*— que es el verdadero punto de distinción entre los seres humanos.⁶ Su defensa de la vida privada fue constante y decidida, porque clara es la conciente centralidad del vivir concreto, efectiva esa *celebración de la individualidad* que, con el consabido y desapasionado rigor, Carlo Antoni le reconoció a la filosofía de Croce, pese a las reservas que él alimentó precisamente acerca del concepto de individuo.⁷ Drástica y radical fue la crítica que siempre dirigió Croce al mito de la interioridad, a la hipóstasis metafísica de la realidad interna, a esas ciencias del inconsciente que pretenden fenomenizar y describir lo indescifrable por definición. En el concepto de espíritu humano, Croce hizo consistir el movimiento mismo del alma ya desde siempre al exterior, como la vida misma en su alternado ritmo de universal e individual, como el respiro del mundo que es historia, en que coinciden los opuestos metafóricos de casa y viaje, de domicilio y extranjería. En el *viqueano* laberinto del corazón humano pueden leerse, como se suele decir actualmente, sólo notas al margen, en la representación imposible de lo irrepresentable.

⁵ Agradezco la enseñanza de Aldo Masullo porque, con gran inteligencia, numerosas sugerencias y profunda competencia, investigó estos temas en un vasto ámbito de la filosofía contemporánea. Recuerdo en particular el volumen *L'antimetafísica del fundamento*, Nápoles, Guida, 1971. Acerca de la cuestión del sujeto y de la intersubjetividad como fundamento ya no metafísico del mundo humano, el autor volvió en su reciente libro, tan rico en intrigas teóricas, *Il tempo e la grazia. Per un'etica attiva della salvezza*, Roma, Donzelli, 1995.

⁶ Remito al breve escrito de G. Prezzolini, "Il segreto", en *Il meglio di Giuseppe Prezzolini*, Milán, Longanesi, 1981, p. 229.

⁷ Carlo Antoni, *Commento a Croce*, Venecia, Neri Pozza, 1964, p. 99.

Del sentimentalismo psicológico que caracterizó a toda la literatura moderna, y con ella a la moderna concepción de la relación hombre-mundo, Croce eligió como ejemplo negativo precisamente las *Confesiones* del filósofo ginebrino, de ese Rousseau que había descubierto el refugio interior para evadirse de la realidad y para defender todo sentir íntimo de los ataques de la sociedad.⁸ El *desahogo* desbordante, atrozmente sincero, que fue para Croce extremado fingimiento, inestético y literario, pretendía vaciar el alma casi para formar una barrera al exterior, en la salvaguarda de una presunta pureza de intención, ganada en perjuicio del impuro comercio con las intrusiones de la dimensión social. Es claro, entonces, que Croce no ponía en duda la fuerza de la vida interior sino más bien la incapacidad de traducirla en la adecuada aparición de la transposición artística y de la narración histórica, en la praxis económica y en la forma ética. De hecho, a la vida espiritual se le asigna un estatuto dinámico, una fuerza de expresión que posteriormente, en los años de su primera madurez, Croce llamaría lo *vital*: que es *conatus*, tensión y proyecto, ímpetu y aspiración a generar en el mundo una realidad que alude sin ninguna garantía a potenciales armonías. “Aborrezco de la moda de hoy en día ciertos ‘testamentos espirituales’, inspirados por la vanidad”, escribía Croce en una brevísima nota en “Vitalità ed esistenzialismo” de la década de 1940; no obstante, confesaba que, en ocasiones, había tenido que resistir a la tentación de dejar como un importante legado de su parte el que aparece en las últimas investigaciones acerca de la forma vital.⁹ Ésta, entendida positivamente, en la espiritualidad especial que representa, es la premisa de la verdad estética, lógica y ética; el presupuesto no legalista, inaugural e indomable de la normatividad de toda ley. Después de tanto trabajo filosófico, Croce adoptaba una palabra distinta para evocar nuevamente la *vocación* individual, el demonio interior, la fuerza que irrumpe para alterar creativamente el orden preconstituido que se ha vuelto *naturaleza*. Y, sin embargo, siempre rehuía el carácter intimista de la filosofía de la existencia, del mismo modo que había denunciado la enfermedad romántica. Al necesario retorno en sí, por el que empieza todo filosofar —por ejemplo, del que es testimonio el agustiniano *pathos* de la reflexión jaspersiana acerca de la existencia—, Croce no le negaría sugestión y coherencia. En la *cura* heideggeriana habría de advertir el principio de la colaboración con la realidad y en la imagen del hombre *pastor del ser*, el

⁸ Cfr. Véase, sobre Rousseau, Benedetto Croce, “Il carattere di totalità dell’espressione artistica”, en *Breviario di estetica*, edición de Giuseppe Galasso, Milán, Adelphi, 1990, pp. 161-163.

⁹ Cfr. Benedetto Croce, “Vitalità ed esistenzialismo”, en *Discorsi di varia filosofia*, vol. II, Bari, Laterza, 1959, pp. 291-292.

sentido mismo de la vida ética como el origen finalmente develado para una praxis activa compuesta de reciprocidad y de diferencias. Podría abrirse una comparación, pero sólo en la cima de la conjugación de privado y público, de interior y exterior, de experiencia vivida y experiencia histórica: dicho de otro modo, en torno a las posibles metamorfosis del concepto tradicional, moderno e *idealista* de espíritu viviente. A la pregunta que él mismo se formula, *¿quién soy yo?*, no será suficiente responder descendiendo al más profundo *yo mismo* para llegar a razones secretamente personales, sin que por ello se recorra el camino más difícil del compromiso contraído para contribuir a la formación de lo que Kant llamaba la razón común, siempre en proceso de realizarse dentro del mundo en común que es la historia. A la proyección futura de todo proyecto de existencia no le pertenece una vaga e indeterminada curiosidad por el mundo externo o el interés propuesto para los usos de experiencia, sino la *cura* como necesidad de existir *entre* los propios semejantes y, por lo tanto, la efectiva coexistencia en el lenguaje, en la poesía y en la crítica, según contextos históricos de tradiciones y sentidos comunes. Sin embargo, se entiende que ningún mundo común puede constituirse —escribió con gran eficacia Hannah Arendt— sin identidad del sujeto, es decir, si no se combate el aislamiento, ya sea como tendencia a encerrarse en el introspectivismo antisocial, ya sea como ese *caerse encima* típico de la despojante dimensión de masa.¹⁰ La identidad dinámica y narrativa del sujeto sigue siendo un punto firme: indefinible, de una vez por todas, desde el exterior reivindica el derecho de mostrarse cada vez en el decir y en el actuar, casi arrojando innumerables puentes de unión que soporten la estructura de todo conglomerado humano.

En un análisis más bien rápido de los principales componentes del pensamiento de Croce, tendrá que tocarse también el punto doloroso de la concepción del individuo como *instrumento* del espíritu del mundo. Con no poca irreverencia, podría decirse que Croce coqueteó con la terminología hegeliana, exasperando los tonos de ésta a tal punto que la tradujo en metáforas que habrían de suscitar la reflexión en la dirección propiamente opuesta a la del concepto de un individuo *heterónomo-directo* y casi carente de autonomía de juicio y capacidad de elección moral. Sin embargo, la remisión a Hegel no podía resultar más adecuada para el propósito de negarle al individuo el carácter de abstracción monádica (abstracción que no concierne a la doctrina leibniziana de las mónadas siempre dirigidas hacia el exterior según innumerables miradas prospectivas), por lo que puede decirse

¹⁰ Cfr. Hannah Arendt, *Vita activa*, Milán, Bompiani, 1989, en especial pp. 37-52.

que, por sí mismo, cada individuo es una *institución*, aislado fragmento, empirismo puro. En general, al enfatizar la remisión hegeliana, se olvida que Croce no pretendió hacer del individuo una parte o una particularización de lo universal-sustancia o de una perfección originaria, sino más bien que quiso indicar en éste el lugar en el que desde siempre se encarna lo universal, haciendo de él realmente un *sujeto* en su privada y autónoma capacidad de juicio. El individuo, fuera de la relación *íntima* con lo universal, se revelaría sólo como la sombra de un sueño. Lo universal, en cambio, sigue siendo *otra cosa* respecto a los individuos, precisamente porque constituye la trama histórica de actos y pensamientos de aquéllos. En ella se concretiza esa alteridad que es ulterioridad en la tarea *infinita* de la interpretación y de la comprensión histórica.¹¹ De este modo —como se ha dicho ya— la filosofía vuelve a casa; mientras que se diluye esa condición de *ajeno* que obstinada e inexorablemente esconde a los individuos, unos a otros con su secreto de fondo. Y en lo profundo del ánimo individual, Croce no titubeó en colocar el ímpetu y la fuerza de toda problemática metafísica: “las antinomias de espíritu y naturaleza, de hombre y Dios, de mundo y ultramundo [...] también son partes y móviles del alma nuestra, en la cual sólo adquieren dignidad de verdad”.¹² Y, sin embargo, el mundo interior que deviene en cada uno *como drama de dolor y de amor; entretelado de contrastes, de catástrofes y de catarsis, es lo que la poesía de todos los tiempos ha cantado*. Habrá que retomar el tema a partir de la estética.

II

En los “Paralipomeni del libro sulla ‘Storia’”, en el volumen *Il carattere della filosofia moderna*, se lee una breve nota que es en verdad un pequeño y extraordinario ensayo —titulado “Quel che si fa e quel che si sente. Storia e poesia”— en el que se encuentra el tema que he indicado en la formulación insólita del *alma al exterior*. Croce parte de la frecuente insatisfacción de los lectores por el hecho de no conseguir aferrar la intimidad de sus autores, con el resultado de girar en torno a análisis genéricos y síntesis falsamente dialécticas. El hecho es

¹¹ Acerca de la temática de la individualidad y del sujeto entre los siglos XIX y XX, véase el libro de Manfred Frank, *Individualita. Difesa della soggettività dai suoi detrattori*, edición de F. Vercellone, Udine, Campanotto, 1998.

¹² Benedetto Croce, *Il carattere della filosofia moderna*, Nápoles, Bibliopolis, 1991, p. 252.

que en el campo de la historia el objetivo siempre será desatendido, porque históricamente se conocen sólo obras, lo que otros han producido y han hecho concretamente, *en su colaboración con lo universal*. Por lo demás, resulta vana incluso la búsqueda de un *sí mismo* más verdadero, aun en el interior de ese que creemos comprender mejor, donde generalmente se acaba por encontrar una *común, genérica, humanidad*, de dolor y de alegría, de caídas y recuperaciones en el ámbito moral o religioso. Croce articulaba una vez más su ética humanista de la obra y de la actividad, abriendo por fin y de nuevo el camino de la reflexión sobre el arte que ya había recorrido durante algún tiempo:

Pero ese “íntimo”, que la historia no da, ¿tendrá que ser abandonado a la no-inteligencia de la crónica o a la imaginación con la cual y en la cual se deleita? [...] Ese íntimo, que es lógicamente incognoscible, ¿no podrá tener su forma de otro modo, y no lógico, que también es conocimiento? Claro está, y ese otro modo tiene un hermoso nombre, y se llama “poesía”.¹³

Existe, pues, un lugar y un tiempo donde palpita el alma individual, donde toma cuerpo y vida el mundo singularísimo y singularmente conciliador que es precisamente el de la poesía. En el arte, el *segreto*, por así decirlo, es visible como excelencia de un distinguirse ordinario y originario: sorprende por la unicidad de un destino común que es, al mismo tiempo, de cada uno y de todos. La estética, en la filosofía de Croce, tiene una posición muy central, un carácter paradigmático que muchos intérpretes han reconocido como una gran reserva de ejemplos para conceptualizaciones éticas y teoréticas. También la dimensión histórico-política se beneficia de ella, si se considera que en el arte reside la posibilidad de estar juntos sin perderse en el anonimato de la serie y del grupo, sin subyacer a la técnica que es servil mientras resulta liberadora de las necesidades. Manifestación del espíritu creativo, el arte no nace bajo reglas, no busca lo público; no obstante, es lo más seriamente comunicativo que pueda pensarse. El amplio y diversificado tema croceano de la estética representa un campo riquísimo de sugerencias para confirmar la figura del *alma al exterior*. Al puro *sentido*, como primer momento de todo saber en la tradición intelectualista, Croce le oponía el conocimiento intuitivo que no necesita propietarios, decía, y que rehuye fecundamente la trampa de la inoportuna cuestión de la realidad empírica. *Desfisicalizar* el arte, incluso destruirlo,

¹³ *Ibid.*, pp. 127-131.

quería decir reconocerle ante todo una índole cosmogónica, la posibilidad de ser nacimiento sin presupuestos necesarios, el carácter de intuición pura, incluso *fuera* precisamente del espacio y del tiempo en cuanto formas de la representación sensible. Así se abriría una espiral luminosa sobre la actividad espiritual del hombre. La intuición artístico-simbólica se distingue del mero hecho mecánico y pasivo de la recepción sensible porque siempre se objetiva en una expresión: “el espíritu no intuye si no es haciendo, formando, expresando” y “una surge con la otra, en el instante mismo de la otra, porque no son dos sino uno”.¹⁴ Sería erróneo leer en la intuición-expresión el divino poder de atenuar el misterio, si se viera hasta el fondo de las cosas según una mitología del arte de distinta naturaleza y origen. Para Croce, intuir es expresar, nada más y nada menos que la capacidad humana de llegar a la fuente de la cualidad del mundo como pensable, al origen de la vida espiritual en su dinámica de contenido y forma, que es dialéctica de opuestos ya desde siempre conciliados. En las investigaciones sucesivas de la estética, que duraron toda su vida, Croce puso el acento en ese orden de la interioridad que es el arte, es decir, un tumulto de sentimientos y la imagen que pacifica, un complejo de imágenes y el sentimiento que las anima. La síntesis *a priori* de sentimiento e imagen daba cuenta cabal del estatuto dinámico e internamente conflictivo de la experiencia artística; y llegaba a la *aérea ligereza del símbolo*, signo de un universal destino humano que recorre las artes como testimonio de total libertad de órdenes y poderes constituidos.¹⁵ Ahora bien, el arte se vuelve símbolo real, es decir, carente de objetivos ajenos de tipo conceptual y práctico, del comportamiento hacia el mundo que la poesía representa, como si manifestara la antigua aura de una idea de justicia cósmica, en un sentir por encima de las partes: Homero narra sin tomar parte y, entre los grandes espíritus, sobresale la sabiduría poética de Goethe.

Con análisis bastante sugestivos del sentimiento poético, Croce reunió en el volumen *La poesía: Introducción a la crítica e historia de la poesía e de la literatura* sus más altas reflexiones acerca de la creación poética del tiempo en obras admirables. Seguía intacta la convicción según la cual el fundamento de toda poesía es la personalidad humana y “puesto que la personalidad humana se manifiesta en la moralidad —escribía a finales de la década de 1920— el

¹⁴ Cfr. Benedetto Croce, *Estética como ciencia de la expresión e lingüística general*, edición de Giuseppe Galasso, Milán, Adelphi, 1990, pp. 12-13.

¹⁵ Cfr. Benedetto Croce, *Breviario de estética y Aesthetica in nuce*, op. cit.

fundamento de toda poesía es la conciencia moral”.¹⁶ De la personalidad del artista, Croce sustraía el estatuto de sustancia o de alma inmortal; es decir, esas características que algunos pensadores estetizantes y decadentes le hubiesen querido conferir a la *Persoenlichkeit*, premurosos ellos de procurarse claves de lectura de las raíces de la humanidad que pasaran por la animalidad del individuo biológico. Croce polemizaba con la pasionalidad unilateral volcada en la poesía, concordando más bien con la tesis de la *impersonalidad* del arte que defendía Gustave Flaubert, con tal de combatir el sentimentalismo y, junto con el escritor francés, la doctrina de una misión social del artista. No obstante, la poesía surge desde lo íntimo del ánimo humano. Croce intentó, entonces, arrojar luz no ya en los sentimientos escondidos del poeta sino en el sentimiento de la poesía misma, que es *pathos* melancólico, equilibrio de contrarios, verdadera conciliación de opuestos: es la melancolía evocada por Virgilio, por Giosue Carducci, por Charles Baudelaire.¹⁷ En otras palabras, es el efecto liberador de una catarsis interior como la describió Goethe: “Me sentía más ligero y lúcido por haber convertido la realidad en poesía”.¹⁸ Pero es en las páginas de las conclusiones de *La poesia...* donde se encuentra un concepto nuevo para una antigua disputa que aún sigue inamovible en las consideraciones croceanas. Abatida la teoría de las artes, entre ellas separadas y encerradas en mundos estéticos particulares con determinadas reglas y técnicas, Croce volvía a retomar la definición de la poesía:

[...] lo que en la poesía es fundamental, lo que la distingue de la arrítmica expresión inmediata y que, a través de la poesía, se transmite a la literatura, es el *ritmo*, el alma de la expresión poética, y por ello la expresión poética misma, la intuición o el movimiento rítmico del universo, como el pensamiento es su ordenamiento.

Y existe un ritmo distinto para cada arte. Sin embargo, si éste falta, desaparece la poesía. Croce recordaba, en las *Apostillas*, un pasaje singular de Diderot: “*Qu’est-ce que donc que le rythme? [...] C’est l’image même de l’ame*” (¿Qué es entonces el ritmo? [...] Es la imagen misma del alma).¹⁹ La intuición-expresión ahora ha tomado otra figura y otro nombre, pero sigue siendo una interioridad

¹⁶ Cfr. *Aesthetica in nuce*, op. cit., p. 203.

¹⁷ Cfr. Benedetto Croce, *La poesia: Introduzione alla critica e storia della poesia e della letteratura*, Bari, Laterza, 1980, p. 192.

¹⁸ *Ibid.*, p. 184.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 344-345.

hecha visible en el orden del amor, modulada al ritmo de las pulsaciones de la vida íntima e individual, como un latido cardíaco de sentimiento e imagen. La poesía es nacimiento, pues, y pertenece a los ritmos de la creación de cada mundo.

El de la crítica es, en cambio, trabajo filosófico no carente de caracterizaciones, de exégesis textual, de análisis históricos. Y, sin embargo, también el crítico debe conocer el corazón del hombre con su dialéctica interna, porque en el arte no encuentra un *tipo* sino toda una vida y no puede comunicar nada que no sean connotaciones marginales, por su ineludible vagar en torno a lo inefable. Las sugerencias de la estética van a permear cada parte de la filosofía de Croce. Del arte se aprende que “lo universal poético es lo individual y que en cada poético soplo está presente el soplo de Dios o, si se prefiere, de la unidad cósmica”. Y, de igual manera, un mismo ritmo se encuentra en todas las formas del espíritu: de un fondo oscuro y con luz gradual nace una teoría científica, de una intuición procede el saber organizado y la misma filosofía procede por universales que están bien arraigados en la dimensión histórica para la cual han sido convocados a desempeñar su papel, fuera de toda abstracta pretensión totalizante.²⁰ En la estética, Croce fundaba las bases de su lógica, que habría de conducir a una revisión sustancial del concepto mismo de universal. Desde una lógica de lo sensible hasta la lógica del juicio histórico, para una búsqueda exhaustiva del tema filosófico implícito en el arte, según el cual la belleza ocurre sin condiciones y fuera del proceso histórico. Una suerte de originaria pluralidad (A no es B), es decir, la unidad en las distinciones y de la distinción.

III

El joven Croce, que todavía en la *Estética* se orientaba a reducir la historia bajo el concepto general del arte, tenía muy claro que precisamente en el plano de la *certeza* se hacía evidente la peculiaridad del discurso histórico, cuya *fe* está en el recuerdo y en la autoridad, no ya en el análisis y en la demostración. “¿Qué razones de todo esto?”, pregunta el sofista irónico y petulante en cuanto a la verdad histórica. Y Croce agregaba: “La humanidad responde: ‘lo recuerdo’”.²¹ La

²⁰ Cfr. “Suggerimenti dell’estetica per riforme in altre parti della filosofia”, en *Il carattere della filosofia moderna*, op. cit., pp. 73-87.

²¹ Cfr. Benedetto Croce, *Estetica*, op. cit., p. 38.

intuición histórica confía incondicionalmente en el recuerdo, de manera distinta a la intuición artística que es fantasía e imaginación. La memoria del pasado tiene, por decirlo así, un tiempo real, exterior al espíritu frente a sí y, no obstante, es evocación en virtud de un tiempo interior que es el de la capacidad de *re-presentar* lo ya ocurrido. Pero el mundo histórico puede decirse exterior a los individuos, casi agregado cada vez a cada uno de ellos y, sin embargo, no sería nada sin la estructura coexistente de la historicidad humana, sin el tiempo que une y excluye de la íntima soledad de la experiencia de lo verdadero.

Se podría recoger la filosofía de Croce bajo la voz de una ontología del juicio: el ser es juicio histórico. Y, no obstante, debería tratarse de una ontología que incluye la noción de tiempo histórico que incide fuertemente dentro de la estructura de la función judicativa y en el papel de las categorías del espíritu, verdaderos eventos de la posibilidad de interconexión de las cuestiones humanas. El juicio histórico es el tiempo auténtico de la historia, que contiene permanencia y devenir en la unidad dialéctica de lo individual y de lo universal. La referencia al recuerdo, como personalísimo lugar de documentación a través de los signos impresos en el ánimo individual, permitía a Croce escribir: “La historia nuestra es la historia de nuestra alma; e historia del alma humana es la historia del mundo”.²² No se da historia sin la huella del espíritu y no se da espíritu sin los ritmos temporales de las cosas humanas. Donde no es suficiente el pensamiento discursivo, lo sustituye la intuición y adquiere la forma del recuerdo: es el bellísimo tema —plotiniano, agustiniano, idealista-romántico y, en ciertos aspectos, también croceano— del alma que va al encuentro de Dios, el Uno, el espíritu en carne y hueso que es la historia. El enorme palacio de la memoria, caverna, nicho y santuario de la interioridad según las sugestivas palabras de san Agustín, tiene pliegues indescriptibles, incluso tesoros no registrados por la experiencia, a pesar de ser tan abundante en bienes y males, en cosas e imágenes, en sentimientos y deseos. Y se recuerda a la memoria misma, como lo que es íntimamente no erradicable de sí. Pero sólo *fuera de ella* se conoce, porque no están en ella las respuestas y las verdades.²³ La lección platónico-agustiniana encuentra una perspectiva moderna y laica en la caracterización de la memoria histórica en Croce. El tiempo interior del espíritu viviente es el tiempo (triple presente) del juicio histórico.

²² Cfr. Benedetto Croce, *La storia come pensiero e come azione*, Bari, Laterza, 1966, p. 108.

²³ Se remite al ensayo de Stephan Otto, “Prolegomeni ad una filosofia del ricordo”, en *Comunità e solitudine. Studi in onore di Aldo Masullo*, edición de Giuseppe Cantillo, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1996.

De manera que no queda otro partido [escribía el viejo filósofo] más que afirmar que la razón le fue dada al hombre llena y no vacía, es decir, como fusión de lo individual con lo universal bajo la forma del juicio [...] Y en esta relación está encerrada toda la realidad, y en ella toda la Verdad, de la cual y en la cual vivimos.²⁴

Para Croce, la verdad es intrínsecamente histórica, el camino humano es inconcluso por definición y el imperativo ético es el de colaborar en el propio mundo en la libertad del juicio histórico-crítico y en la perspectiva del actuar político. De modo que la verdad se entrelaza con la vida de la acción, *poiética* y política, es decir, con la perpetua creación de mundos que son verdades particulares, y éstas son la *vida activa* de la verdad misma, la vida en la vida. En la lógica de Croce, se disolvió lo abstracto universal pero no así lo universal que se define *estético*, dinámico y *desprejuiciado*, valor y hecho, categoría y experiencia en una singular revisión de la kantiana síntesis *a priori*: “cada vez frente al hecho nuevo, nos encontramos como en ‘un estado de inocencia’” y no bastará aplicar los conceptos como realidades desde siempre poseídas y dispuestas para ser usadas. Si acaso, la tarea de la filosofía es la de *mantener y aumentar los conceptos*, porque después de un juicio también los conceptos se ven aumentados y modificados.²⁵ Naturalmente, hablo de los conceptos puros, de las categorías del espíritu o de los distintos, por el hecho de que no son ontológicamente subsistentes, no se construyen en la mesa de trabajo ni se fabrican como cosas, ni siquiera son el producto aritmético de la suma de los puntos de observación. El espíritu viviente pertenece a la dimensión intrínsecamente comunicativa e intersubjetiva de los juicios históricos, que preparan el actuar y que, por ende, son el alternante respiro de la vida teórica y práctica. Sobre la línea de sombra que separa la temporalidad de lo eterno se rozan los conceptos puros (que no son los universales de lo general, útiles pero no verdaderos), que son *para siempre* e igualmente *históricos*, nunca simples formas y constantemente inmersos en la complejidad del devenir histórico. Son el pensar mismo, que no explica y que ni siquiera define abstractamente, que es principalmente juzgar, como el eje en torno del cual gira todo tiempo, la semilla que pertenece a cada fruto, el corazón del reloj que, claro está, no se encuentra sujeto a cálculo cronométrico. En su *Lógica*, Croce describió el *pathos* del concepto como el verdadero protagonista de la filosofía, vida y

²⁴ Cfr. Benedetto Croce, “L'uomo vive nella verità”, en *Storiografia e idealità morale*, Bari, Laterza, 1950, p. 6.

²⁵ Cfr. Benedetto Croce, *Discorsi di varia filosofia*, vol. II, Bari, Laterza, 1945.

drama en la vida de las humanas cosas; mencionó la “batalla interior [...] que es la formación de un concepto”, una suerte de “agonía, es decir, fiero combate por la vida y para que desde la muerte vuelva a venir la vida”.²⁶ Los conceptos puros son efectivos sucesos del sentido, en el juicio que narra y en el cuento que toma posición. Están llenos de imágenes, de intuiciones y de símbolos, nunca son fórmulas abstractas o verdades de razón carentes de cuerpo y sangre. Son lo idéntico que no es pura coincidencia consigo sino negación de sí justamente mientras se distingue y penetra en lo distinto. Una ley de paso, de tránsito perenne es de hecho la única ley que Croce consideró tenía que asignársele al pensamiento histórico. No es posible ejercitarlo sin el ineludible descenso del concepto a lo individual, casi como un descenso a los infiernos, una caída abismal a las raíces del existir. Croce, sin embargo, no amaba los tonos mitificadores ni los ímpetus irracionalistas. Por ello queda en el fondo, pero, obviamente, en lo profundo de su pensamiento está el encuentro con el *sin-tiempo* en el tiempo, es decir, con la interioridad al exterior en las figuras concretas de los tiempos vividos, con sus tradiciones y propulsivas fuerzas de renovación.²⁷ Por último, se confirma que en la lógica *el alma al exterior* es la actividad judicativa, no simplemente anclada en el recuerdo intimista ni derivada, como si aludiera a una especie de origen primigenio, ese *otro lugar* o imaginaria vida anterior habitada por valores eternos. Así se explica la desilusión de Croce en cuanto a la proustiana *Recherche*, de la que rechazó el sentimiento de agotador apego al pasado, que no interroga a la memoria (como en cambio había hecho san Agustín) y la deja espaciar *sin problema*, es decir, sin hacer del documento del alma individual el verdadero banco de prueba de la vida histórica que es pensamiento crítico y acción innovadora.

IV

Así, pues, si el pensamiento histórico es relato-juicio bien expresado con los signos del involucramiento personal en las fórmulas de rito: *yo recuerdo, yo narro, yo juzgo*, con la intención de unir capacidades espirituales y raíces terrestres, también a la ética de Croce debería llamársele una ética de todos modos *política*,

²⁶ Cfr. Benedetto Croce, *Logica come scienza del concetto puro*, parte 1, sección 1, cap. III, Nápoles, Bibliopolis, 1996.

²⁷ Acerca de estos temas, véanse: Renata Viti Cavaliere: “Il tempo e la storia nella Logica di Croce”, en *Il giudizio e la regola. Saggi e riflessioni*, Nápoles, Loffredo, 1997; y “La teoria del giudizio storico in Croce”, en P. Bonetti (ed.), *Per conoscere Croce*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1998.

encaminada a examinar, en la práctica, la conciencia interna de la distinción de bien y de mal. Un punto firme de la filosofía moral de Croce es la interiorización de la lucha entre el bien y el mal, con la exclusión de toda anticuada metafísica tendiente a oponer principios opuestos, en un obstinado dualismo de entidades entre sí irreductibles. En la ética croceana se encuentran unidos el sentido de lo terrestre y exigencia de comunidad, en virtud del reconocimiento recíproco de los sujetos morales. El yo que piensa y actúa es solicitado para dar cuenta de lo que piensa y hace. Su *sede* originaria, se podría decir adecuando el discurso al lenguaje heideggeriano, está en la cercanía con el ser y no con el ente y, en otros términos, consiste en la independencia de vínculos naturalistas o puramente historicistas y culturales. Ni encerrado en una soledad trascendental ni aislado en una sociedad atomizada, el individuo es expresión de libertad concreta: de la realidad de fragmamiento de un todo posee si acaso una suerte de *clinamen*, es decir, la capacidad de adoptar espontáneamente su dirección. El individuo no es sustancia, no es esencia, ni siquiera sólo existencia. Es el estar expuesto, fuera de sí, es el espacio mismo del estar fuera de sí, que no se construye como una obra —escribió alguna vez Jean-Luc Nancy—²⁸ según el esquema medios-fines, si es verdad que la humana comunidad más bien nace en la más completa indeterminación de origen y en la total ausencia de presupuestos teleológicos. El individualismo de Croce es un individualismo ético, que nada tiene del individualismo autointeresado o de la autoreferencialidad narcisista vivida en la estéril contemplación de sí que, por lo demás, se genera en muchos casos en respuesta a las desilusiones de la convivencia social. Se trata, más bien, de un humanismo ya no metafísico:

El alto valor de este concepto está en el cambiar al humanismo de abstracto a concreto, de monadista o atomista a idealista, de puramente humano a cósmico, de humanismo deshumano, como es el del hombre cerrado y contrapuesto al hombre, a humanismo verdaderamente humano, que es la humanidad común a los hombres, mejor aún, al universo todo, puesto que todo, en sus fibras más ocultas, es humanidad, es decir, espiritualidad.²⁹

La estética de Croce es todavía una ética de resistencia, de concreta e incesante lucha por la libertad del peso de la historia, individualmente reunida en la memoria

²⁸ Me refiero al ensayo de Jean-Luc Nancy, *La comunidad inoperosa*, Nápoles, Cronopio, 1992.

²⁹ Cfr: Benedetto Croce, *Teoría e storia della storiografia*, edición de Giuseppe Galasso, Milán, Adelphi, 1989, p. 109.

y reelaborada en la perspectiva futura.³⁰ Y, de cualquier modo, la vida moral tiene sede, como ha enseñado la revolución cristiana, en el centro del alma, en el interior de la conciencia personal. El cristianismo ha podido recorrer los tiempos como explícito ejemplo de actividad:

Esos genios de profunda acción, Jesús, san Pablo, el autor del cuarto evangelio y los otros que con ellos cooperaron en la primera edad cristiana, con su mismo ejemplo [...] parecieron pedir que la enseñanza proporcionada por ellos no fuese sólo una fuente [...] por alcanzar en eterno [...] sino incesante obra, viva y plástica, que dominara el curso de la historia y que satisficiera las nuevas exigencias y las nuevas preguntas.³¹

Por ello, la ética en Croce es participativa en cuanto incluye el *pathos* de la colaboración en el mundo: llamaríamos apolítico sólo al mal poeta, al literato cobarde, al historiógrafo sin compromiso. En cada tiempo y lugar, habrá amistad entre espíritus que han cultivado la soledad del pensamiento para no dejarse dominar por las circunstancias y por las multitudes. No obstante, la moral del compromiso y de la vocación, por él teorizada y vivida, necesita *aparecer* en el mundo, de manera distinta a las buenas obras que es necesario dejar discretamente en la sombra. La obra, que en Croce es también actuar político, nace de inspiraciones tan profundas que, viéndola superficialmente, toma un aspecto de accidentalidad. Pero no es ciertamente un producto necesario. Y, al decretar la impenetrabilidad de los espíritus, Croce formuló su tesis hermenéutica: no se puede abdicar a las propias convicciones pero se puede, y se debe, escuchar al otro, hacer espacio a lo ajeno, ampliar el horizonte. Sin embargo, jamás podrán quitarse las barreras entre pensamiento y pensamiento, a pesar del contexto histórico y la actitud comprensiva hacia quienes opinan diferente.

Es cierto, tampoco [...] los juicios históricos forman objeto de total consenso; tampoco ellos nos arrancan totalmente de la soledad; antes bien, cuanto más amplia y comprensiva resulta nuestra mente, cuanto más entendemos y aceptamos a los otros colocándolos en su lugar, tanto más nos encontramos con pequeña compañía o incluso solitarios.³²

³⁰ Oportunamente se ha hablado del nexo entre lógica y ética; *cfr.* el ensayo de R. Franchini, “Il giudizio storico e le sue implicazioni morali”, en *Criterio*, núm. 2, vol. III, 1985; reeditado en el volumen *Ibid., Il potere e l'ipotesi. Per una filosofia delle funzioni*, Nápoles, Morano, 1989.

³¹ *Cfr.* Benedetto Croce, *Perché non possiamo non dirci “cristiani”*, Bari, Laterza, 1943, p. 17.

³² *Cfr.* Benedetto Croce, *Etica e politica*, Bari, Laterza, 1963, p. 162.

Por decirlo de cierta forma, somos un *diálogo* que sólo es posible gracias a lo universal que es espíritu viviente y, sin embargo, éste, lejos de garantizar recíproca correspondencia, pide más bien incrementar la vida y hacer cumplir así los designios individualizados de la providencia. Fuera de toda metáfora, Croce recurría a la *gracia*, por todos invocada en cualquier situación, como al don gratuito de la capacidad de innovar el tiempo en la extrema singularidad de la relación con el todo.³³ Lo más difícil, en extremo, es precisamente ese *entre* del que nace la trama histórica de caídas y progreso, donde se colman los espacios intersubjetivos, en los pliegues de la historia pasada y futura.

³³ *Ibid.*, cap. XXV, “L’individuo, la Grazia e la Provvidenza”, *op. cit.*, pp. 92-94.